

AÑO XX.—NÚM. 5698

3 DE JUNIO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 3 de Junio de 1880.

QUESTIONES MEDICO-SOCIALES.

LAS ESPECIALIDADES EN MEDICINA.

ARTICULO XI.

Señores: Puede considerarse una nacion como una casa habitada por una familia. Cuanto mayor sea el número de objetos preciosos acumulados en la casa diremos que es tanto mas rica aquella casa. No olvidemos, sin embargo, que la mayor riqueza consiste en la inteligencia y que un hombre es una alhaja de inestimable valor y vale tanto más cuanto mayor número de conocimientos verdaderos ó científicos posea y mayor criterio para hacer de ellos útiles aplicaciones.

Si una Nacion rica es feliz, y si la riqueza de una nacion consiste en poseer magníficos edificios, numerosos edificios, intrincada red de caminos y canales, multitud de ciudades construidas con todos los adelantos de la moderna civilizacion y en donde el ciudadano puede disfrutar, en medio de la mas completa paz y seguridad personal, de todas las delicias con que le brinda el adelanto de la época, debemos tambien tener muy en cuenta que no son las riquezas materiales la causa de toda nuestra dicha; que necesitamos ademas otras alhajas de inestimable valor; necesitamos hombres especiales, dotados de sabiduria, que dirijan y gobiernen este concierto armónico que forma una nacionalidad.

Y estos hombres entre la masa de los demás sobresalen y se elevan, como entre grupos de modestas casas sobresalen y se elevan los palacios y las catedrales, las torres y los campanarios, las fabricas y los grandes establecimientos, que desde lejos nos acusan su presencia anunciandonos cada uno de ellos la existencia de una riqueza inmensa. No es menos apreciable la que se presenta en una nacion la existencia de hombres que por sus virtudes, por su recto criterio y por el caudal de conocimientos que poseen son á propósito para dar con sus consejos el bien estar y la felicidad á los demás, aumentando con su trabajo, material ó intelectual, la riqueza pública.

Esta clase de seres privilegiados debe existir en todos los ramos del saber humano; en lo administrativo y económico y político como en lo civil, militar y eclesiástico; en las ciencias, en las artes y en la filosofia como en la industria, en la agricultura y en el comercio; y todos debiéramos

aspirar á tener en nuestro pais gran número de ellos, favoreciéndoles en sus honrosas aspiraciones y recompensándoles en sus notables é inestimables servicios.

La nacion que no cuenta con semejantes hombres se ve obligada á mendigar á otras naciones servicios que no encuentra en la suya, pagándolos bien caros por cierto. Así es como España paga al extranjero un buen tributo, cuando necesita productos de la industria ó consejos de eminencias científicas.

¿Qué es pues lo que nos falta en nuestro pais? ¿Nos falta buen clima, abundantes aguas, terrenos laborables, frondosos bosques y ricas minas de útiles y variados metales? ¿Nos faltan costas, rios navegables, variedad topográfica, campiñas agradables, ciudades populosas? ¿Nos faltan hombres, nos falta inteligencia?

No, señores: lo que nos falta es voluntad y proteccion á determinadas entidades sociales. Nuestro caracter es algo holgazán, bastante confiado y un tanto díscolo. En cuanto á una persona se hace notable por algun concepto honroso y digno lejos de admirarlo y alentarlo el trabajo lo que hacemos es despreciarlo ó hacerle una guerra sorda, latente, cuanto no declarada y sostenida, sin tregua ni descanso, hasta que logramos aburrirlo, ponerlo en ridículo y desprestigiarlo.

Una inmensa nube de vicios envidiosos se desarrolla junto al hombre que pretende sobresalir entre los demás y que necesita estar dotado de una enérgica voluntad para resistir á los ataques de tantos enemigos, que solo gustan destruir sus planes, como los niños gozan destruyendo los juguetes.

Echamos de ménos la presencia de especialistas y de médicos sábios cuando nos hallamos en uno de esos angustiosos momentos anonadados bajo el peso de la desgracia. Quisiéramos improvisarlos, para seguir sus prudentes consejos, conocemos entonces lo mucho que valen, la gran falta que hacen, lo útiles y necesarios que son, el inestimable bien que pueden proporcionarnos, la gran recompensa á que por ello se hacen acreedores, todo lo conocemos, todo lo comprendemos, todo: pero cuando no los necesitamos ¿qué es lo que hacemos para crear aquellos hombres?

Dirigid los ojos un momento á ese teatro social y vereis las variadas escenas que en él tienen lugar.

Ved con que ánsi multitud de ignorantes van á comprar panaceas y específicos que prometen curarlo todo; ved como el vulgo necio acude en tropel á fomentar la fama y dar lucro al cínico curandero, tipo ó calamidad social que no falta en nin-

gun pais, ni en ningún tiempo; ved como furtivamente el oscurecido médico protege á ciertos intrusos por defender sus propios intereses mas bien que los de la humanidad; ved como el digno médico se ve obligado á pagar á otros médicos por sus servicios, y como el médico que no encuentra en la suya la satisfacción completa de su vida y su necesidad de estudiar, no digo las especialidades, pero ni siquiera la Medicina; ved con que talento y sutileza el maquiavélico profesor hace una guerra sorda y sostenida á los especialistas mas bien por oposicion sistemática que por dar prestigio y crédito á la clase á que pertenece.

Y bien: ¿es este el modo de contribuir al desarrollo de las especialidades? ¿Como queréis que los hombres de la ciencia sacrifiquen su vida por solo el placer de comprobar alguna vez la verdad de las leyes naturales? ¿Como queréis que estudie el hombre que se ve olvidado, oscurecido ó quizá despreciado? ¿Qué dispendios podrá hacer para adquirir libros instrumentos y otros tan variados como costosos medios de instruccion el que no gana lo suficiente para atender á las principales necesidades de la vida?

Podrá haber hombres entusiastas, apasionadísimos y dotados de grandes bienes de fortuna que gozan sacrificándose por la ciencia, empleando el tiempo, su vida y sus capitales en estudios y viajes, en experimentos y en observaciones; pero cuando no se poseen grandes riquezas, cuando no hay mas que mucha voluntad y una mediana inteligencia, la sensatez del público es lo único que puede dar al sabio recompensa y estímulo para continuar trabajando y esforzándose cada vez más por conseguir el resultado que se propone.

El pueblo, no hay que dudarlo, tiene una influencia poderosa y eficaz en la existencia de los especialistas, en el fomento de las especialidades. Si comprende la utilidad de las mismas, si recompensa y alaga á los que con talento, acierto y moralidad cultivan los estudios especiales, tendrá hombres que valdrán mucho y que prestarán grandes é inapreciables servicios al pais y por lo menos ahorrarán al enfermo largos, molestos y dispendiosos viajes, difíciles para los ricos, imposibles para los pobres, que tienen que resignarse á padecer continuamente ó á perder un órgano importante ó la vida.

Todas las clases sociales estan interesadas en tan importante y trascendental asunto. Yo aconsejo á los hombres de criterio, á los que han tenido la fortuna de nacer con una inteligencia despejada, á los que han tenido ocasion de cultivar las facultades con que la naturaleza les ha dotado, á los hombres que tienen trato con sus semejantes, que tienen curiosidad ó deseo por saber lo que a su alrededor pasa y que se interesan por el bien del pais, que se interesan en el progreso de la ciencia, que se interesan en que interpongan su influencia para con esas masas ignorantes, por desgracia tan numerosas, para con ese vulgo indiferente y apático que nada lee, que nada pregunta, que nada sabe de cuanto á su alrededor pasa y que por nada se interesa, á fin de que, ilustrandoles algun tanto, les hagan comprender cuán pernicioso es dar pábulo al intrusismo médico en perjuicio del facultativo inteligente y sabio: por que como quiera que el número de los ignorantes es tan grande y como quiera que la mayor parte de las personas obran mas bien por rutina, por imitacion, que por un convencimiento profundo de la utilidad ó bondad de lo que hacen, estas masas sociales sin criterio caminan, sin conocerlo, á su propia ruina, arrastrando tambien á las demás.

Es preciso, á toda costa, oponerse á esta tendencia perniciosa. Es preciso arrancar la máscara á los hipócritas que quieren engañar al pueblo; ilustrar algun tanto á este para que comprenda sus verdaderos intereses; alentar á los hombres virtuosos para que sigan trabajando; y facilitar, por cuantos medios sean posibles y conducentes, el progreso de las ciencias y de las artes; únicos recursos que tenemos para salvar á la humanidad de la barbarie y del salvajismo, para redimir al hombre de la esclavitud de la ignorancia, colocándole á la altura que se merece y á la que aspira naturalmente cumpliendo su destino.

Mas para conseguir los resultados que me propongo es necesario que trabajen de consuno las diferentes clases sociales: la conducta que estas deben seguir será objeto de los artículos siguientes.

R. FAJARNÉS.

CRONICA.

Después de una gran lucha sostenida por nuestro amigo el Presbítero D. Pedro Ros y cual no podia ménos suceder, la Excm. Diputación Provincial, ha declarado exento del servicio militar al mozo Ginés Ros, sobrino del citado Presbítero. El caso es verdad que se presta á dudas por las distintas interpretaciones á que se presta el texto de la ley, pero al fin la causa de la razon ha triunfado y con ella la de la justicia, por lo cual felicitamos á nuestro amigo.

Mañana noche se efectuará en el